

se desenvuelva con mayor número de probabilidades de contar con un presupuesto científicamente equilibrado.

Para lograr tal propósito, ha sido escrito este libro por el filósofo chileno, como fuera escrita «La realidad invisible» por el escritor argentino. Soler ayer y Molina hoy, han proporcionado al maremágnum de la hora, castigada «por el viento secante de la desilusión y de la duda», una especie de tabla salvadora que haga de velero para las concepciones del espíritu puro. Hay que decirlo, desde el libro, desde la tribuna, desde el periodismo y desde la cátedra, para que a fuerza de repetirlo, se evidencie que todavía la fuerza moral es una fuerza en la que confían muchos hombres.

Enrique Molina prueba, con este libro, que en el país hermano hay una honda preocupación por conseguir una nueva jerarquía: la jerarquía del espíritu. Y decir esto, claro está, es haber formulado el mayor elogio a su obra.—FRANCISCO SUAITER MARTINEZ.



JUAN BELMONTE, MATADOR DE TOROS

De sombra, sol y muerte volandera
Grana zumbando, el ruedo gira herido
Por un clarín de sangre azul torera.

(Rafael Alberti).

Se ha considerado el toreo como un deporte excepcional. ¿Deporte? ¿Arte? El caso es que en otras categorías deportivas han hablado los divos de sus epopeyas, de sus días de triunfo trayendo a cuento regímenes alimenticios, facultades físicas, concentración mental, etc.

Juan Belmonte dice que el toreo es un ejercicio espiritual y habla de estética, de inspiración, de la muerte, del miedo... hay un lirismo excelso en este muchacho que torea

a escondida, después de atravesar el Guadalquivir a nado, por cerrados y dehesas, totalmente desnudo.

Se prepara para la fiesta brava, solo, convencido, con seriedad de joven del culto. Juan Belmonte se ciñe a los pitones una y otra vez, creando sus suertes audaces, desnudo como un junco inverosímil, bajo la luna andaluza.

Hemos sabido que fué siempre un torero dramático, que lidió en un tiempo en que solamente la faena suicida, el lance extremo, podían darle el triunfo porque oficiaba junto a él un artista maravilloso, un matador altivo y sonriente, pleno de elegancia y juventud: José Gómez Artega (Joselito).

Como decía Giménez Caballero, el toro es el animal tótemico de España. Casi no hay indígenas en la península que alguna vez no hayan dado un capotazo a un becerro; el toreo es el drama predilecto de España. El público, salvaje y apasionado, grita, se horroriza o protesta airado cuando el torero no se expone como es debido.

Waldo Frank, al que por turista le asisten la verdad y el error en partes iguales, ha desarrollado en su «España virgen» la metafísica del toro de lidia y de la lidia de toros, y vió los grandes días de Belmonte, uno de los mayores protagonistas de la danza trágica del ruedo en los últimos cincuenta años. Existe mucha similitud entre las declaraciones que Belmonte hace de sí mismo y lo que se desprende de la visión de Frank.

Belmonte se compara con Joselito, el casi legendario torero, y dice: «Frente a él yo, tomaba la apariencia de un simple mortal que para triunfar ha de hacer un esfuerzo patético».

Y la comparación de Frank es casi una perífrasis: «Joselito compartía con Belmonte la primera jerarquía de este arte. En su obra no había ni inspiración ni peligro. Dominaba al toro más con la razón que con el poder hipnótico y toreaba con tal aplomo y frialdad que la enfurecida bestia

se convertía en un sumiso enemigo. En Joselito no había ostentación, sino exactitud, pero una vez que dominaba al toro su arte se hacía decorativo. Se movía delicadamente y con desenfado. Cuando murió en la plaza de Talavera, España perdió, si no el más emocionante, el más exquisito de sus danzarines trágicos».

Y añade: «La naturaleza con su oculta ley de las compensaciones, ha equilibrado las enormes limitaciones de Belmonte, poniendo en su cuerpo raquíptico, el valor, la expresión rítmica y el gesto dionisiaco. Cuando Belmonte marcha al encuentro de la fiera, el pensamiento se extravía por caminos heroicos, y si, como en cierta ocasión que yo le vi, una venda, con una mancha de sangre le tiñe la cabeza, el efecto es mágico».

Belmonte ha contado su vida a Manuel Cahves Nogales quien la ha narrado en un castellano sencillo y desenvuelto.

Es un libro que se ha leído en toda España con inusitado interés y en los centros taurinos americanos como Perú y México donde también toreó el diestro. Es ameno e interesante. En Chile no se instauró esta fiesta española llena de jolgorio, temeridad y sangre, y no hemos visto un arte como éste, que no tiene igual en el mundo. Caballos destrozados junto a la barrera; sol, rojo y oro y locura:

¡Buen caballito de los toros, vuela,
Sin más jinete de oro y plata, al prado.
De tu gloria de azúcar y canela!

Cinco picas al monte y cinco olas
Sus lomos empinados convirtiendo
En verbena de sangre y banderolas.

.....

Y en la sombra vendido, de puntillas,
Da a su junco la medialuna, fiera,
Y a la muerte su gracia de rodillas.

Tienen un gusto muy especial, una densa y revuelta realidad, los tercetos de Rafael Alberti después de este libro.

El arte del toreo tiene dudoso porvenir, no se sabe que harán de él las posibles jerarquía que imperen en España algún tiempo más. Resulta, entonces, doblemente interesante la vida de este pequeño y frenético sevillano de la Calle ancha de la Feria que lidiaba mejor el último toro buen mozo que le echaban al ruedo cuando, el sol dejaba la arena y pintaba solamente los tendidos, cuando un lento cansancio desviaba la mirada de sus paisanos.

Entonces él —Juan— convertía la lasitud en ensordecedora gritería, y la faena mediana en tarde de triunfo, por la virtud de alguna ceñida media verónica.



PASAPORTES FALSOS, por *Charles Plisnier*.

El premio Goncourt ha venido nuevamente a favorecer a una novela del anarquismo. Nos parece «Pasaportes Falsos» una novela menor que la de Malraux». «La Condición Humana» es la revolución china en panorama, un cuadro desde altura donde los colores más vivos son, a veces, algunos chinos, una ruso-alemana, un occidental decadente; todos ellos contribuyendo con su lastre subjetivo a la totalidad del cuadro sangriento, condicionados por él, absorbidos. La entraña del libro es impersonal: la revolución y su avalancha.

Malraux se asoma a las conflagraciones para destacar los tipos en que el fenómeno a describir se espesa hasta destrozarlos y los deseos privados, casi siempre los mejores, se ahogan en